

Un país no puede vivir sin memoria, pero tampoco sin imaginación

>> por Jorge Grünberg*



Algunos miran nuestro país y ven a los uruguayos divididos en facciones que se gritan pero no se escuchan, que se miran pero no se ven, que desconfían y se sienten amenazados mutuamente. Las ideas nuevas quedan asfixiadas debajo de los estereotipos, los cambios se pierden en los laberintos de la desconfianza. Parece que vivimos en permanentes conflictos, no entre ideas, sino entre prejuicios.

Pero todo esto es solo un plano de la realidad. Hay otro plano menos visible pero igualmente real. Es el plano de una nueva generación de uruguayos que se niega a repetir ese juego de roles histórico. Estas nuevas generaciones de uruguayos no insultan, crean. Arriesgan y emprenden. Se asocian sin preguntar de qué tribu es cada uno. Miran el mundo y se ven reflejados, no amenazados. Ustedes son estos nuevos uruguayos. Muestran y demuestran de lo que son capaces. A su edad es el momento para cometer errores y acometer grandes proyectos. Es su oportunidad de llevar este Uruguay subterráneo a la superficie.

Hoy es un día importante. La graduación es un momento trascendente en la vida, un punto de llegada y al mismo tiempo de partida. Es una medida de su fortaleza interior y para muchos de ustedes, su primera gran conquista personal. Ustedes son ahora parte de la minoría de uruguayos con educación universitaria, por lo tanto tendrán más oportunidades de éxito que los demás en una era en la cual el conocimiento es el recurso más valioso. Pero la consciencia de las oportunidades debe acompañarse con la consciencia de las obligaciones. Miren a su alrededor, sean guardianes de sus hermanos. Recuerden siempre que vivimos en sociedad y que no hay progreso sostenible cuando hay personas excluidas. Sean exigentes con ustedes mismos porque es un prerrequisito para poder exigir a los demás. Continúen siempre aprendiendo, recuerden como dijo Jorge Luis Borges que "uno llega a

ser grande por lo que lee más que por lo que escribe". Busquen su propia identidad, no se definan en oposición a otros sino a sí mismos. Dialoguen siempre en busca de la verdad, no en busca de imponer sus puntos de vista. Como decía un profesor mío de Oxford: "las mentes son como los paracaídas, solo funcionan si están abiertos". Escuchen con respeto, no acepten tutorías intelectuales. Debemos vivir en sociedad, no en manada.

No acepten pensamientos totalitarios que requieren acatamiento en lugar de convencimiento, exijan argumentos, evalúen resultados, la improvisación no se debe confundir con ejecutividad. Cultiven siempre su espíritu crítico, busquen diferenciar las ideas de los slogans. Cuando las palabras suenan bien pero se repiten en cualquier contexto sin mayor coherencia ni contacto con la realidad, quedan vacías de contenidos y se transforman en slogans. Cuando todo es "solidario" o "democrático" o "popular" o "patriótico" aunque estemos hablando de fútbol, tenemos que sospechar que estamos escuchando slogans y no ideas.

Para terminar permítanme compartir algunas reflexiones con ustedes sobre este momento de nuestro país. Los uruguayos enfrentamos una cuestión existencial. Tenemos la oportunidad histórica de transformarnos en un país desarrollado y tenemos mucho en qué basarnos para lograrlo. Según la encuesta latinoamericana Latiobarómetro 2013 los uruguayos somos los latinoamericanos que más creen en la democracia. Todo el mundo quiere lo

que producimos, batimos records históricos de inversiones, se está desplegando la fibra óptica, la energía eólica, el gas natural. Tenemos pleno empleo cuando muchos de los países de los cuales vinieron los uruguayos tienen largas colas de desempleo. Ningún uruguayo deja de ir a la escuela, cada uno con su computadora. Pero nada de esto nos garantiza el progreso sostenible y transformarnos en una sociedad próspera. Son una buena base pero no hay atajos para progresar. No se trata de quien gana las elecciones, de un nuevo paquete de leyes o de encontrar petróleo debajo de nuestro suelo o de nuestro mar. Necesitamos trabajo duro, consenso, elegir un camino que nos lleve a desarrollarnos en la sociedad del conocimiento.

En los últimos años no despilfarramos los ingresos que hemos tenido, pero tampoco los invertimos estratégicamente en busca de una prosperidad sostenible y equitativa. Redujimos la desigualdad de ingresos, pero no redujimos la desigualdad de oportunidades. Disminuir la desigualdad de oportunidades es lo que permite la movilidad social y es mucho más difícil que redistribuir recursos. Mejorar la igualdad de oportunidades es difícil porque requiere reformar y reformar requiere optar entre derechos que pueden ser igualmente legítimos. No optar por ninguno de los dos derechos en conflicto puede parecer en teoría una opción por la libertad, ya que ninguno de los dos derechos se restringe. Pero en la práctica, no optar entre dos dere-

chos es optar por el más fuerte. Como explicó el gran filósofo de Oxford Isaiah Berlín: "la libertad total para los lobos es la muerte para los corderos". Para reformar tenemos que optar entre derechos legítimos. No hay progreso posible si todos los derechos se ejercen en toda su extensión. Y este es el dilema que enfrenta nuestro liderazgo. Sabe que tiene que optar, pero toda opción implica una pérdida. Es difícil aceptar pérdidas sin consenso social y una visión de largo plazo. Por eso hasta que no alcancemos un consenso y una visión compartidos será muy difícil alcanzar un progreso sostenible.

Promover la igualdad de oportunidades implica mejorar la igualdad de acceso a las oportunidades educativas. No podemos ser un país moderno donde los más pobres raramente culminan el bachillerato y solo excepcionalmente la universidad. Esta exclusión es una falla moral además de un despilfarro del capital intelectual de nuestra sociedad. La modernidad implica excelencia, pero también implica inclusión. Esa es nuestra próxima frontera, promover una sociedad de excelencia, pero cuyos beneficios no sean acaparados por los más educados. Y al mismo tiempo promover una sociedad inclusiva pero cuyas pautas culturales no asfixien la innovación, la ambición y la diversidad de los individuos. Una sociedad inclusiva pero mediocre no va a alcanzar nunca la prosperidad, seremos todos igualmente pobres. Una sociedad excelente pero excluyente, sería inestable y en permanente conflicto

conigo misma, como nos pasa ahora. Nuestra próxima frontera debe ser transformarnos en una sociedad de "excelencia inclusiva" donde todos sientan que tienen una chance decente de progreso personal. Nuestra prosperidad requiere cambios culturales. Uno de los más importantes es recuperar nuestras aspiraciones. Los países no llegan más lejos que las aspiraciones de sus ciudadanos. En su momento aspiramos a ser uno de los países socialmente más avanzados del mundo. Hace un siglo expandimos agresivamente la educación en todo el país, hace algunas décadas construimos estadios en tiempo record, ganamos olimpiadas y campeonatos mundiales. Albert Einstein se sentó a discutir filosofía en la Plaza de los Bomberos con nuestro Carlos Vaz Ferreyra en 1925. Con el tiempo fuimos cambiando nuestras aspiraciones. En lugar de servir como ejemplo a nuestros vecinos empezamos a mimetizarnos con ellos. Con nuestra rica historia intelectual y nuestro inexplorado potencial humano, tenemos todo el derecho de fijarnos metas ambiciosas. Esto no significa dejar de ser latinoamericanos, significa demostrar que un país latinoamericano puede estar entre los mejores.

Les espera una era muy distinta de nuestro país y del mundo. Hay menos certezas pero también hay menos límites. Nunca hubo tantas oportunidades para personas cada vez más jóvenes de saltarse jerarquías y de proyectarse mucho más lejos de su punto de origen geográfico, social o cultural. No acepten el estado actual de las cosas como inmutable. Erradiquen de su lenguaje una expresión que encuentro totalmente nociva: "es lo que hay". No es una expresión inocua, es una actitud, refleja aceptación de lo que en el mismo acto reconocemos como inaceptable. No debemos aceptar esta actitud de nosotros mismos y no debemos aceptarlo de aquellos que elegimos para que se ocupen en nuestro nombre de los asuntos públicos. ¿Cuántas décadas más están dispuestos a esperar para transformar al Uruguay en un país de excelencia y en una tierra de oportunidades? ◀◀

(*) Fragmento del discurso en la Ceremonia de graduación de la Universidad ORT.

